

## O L A S T



### (Poema)

#### I

¿A dónde marchas, Rey moro?  
¿á dónde van tus corceles?  
¿no ves que la muerte dejas,  
y vas á dar con la muerte?

Abderrahman, vuelve grupas,  
si los de Francia te vencen,  
¿qué esperas de los nabarros,  
que humillan á los franceses?

Si traspones la montaña,  
no la vida, el reino pierdes,  
y se deben á sus pueblos  
más que á sí propios, los reyes.

Ve que Roma la soberbia,  
la poderosa, la fuerte,  
halló en Osma y Calahorra  
desventuras por laureles.

Que el invicto Carlo-Magno  
dejó en Navarra su hueste,

¡y donde hubo un Roncesvalles  
es fácil que vuelva á haberle!

Que de Córdoba la hermosa  
ya no verás las mujeres,  
¡ya no verás la Mezquita  
con sus altos minaretes!

Si cruzas el Pirineo,  
desgraciada de tu gente,  
ese reino está maldito  
para el que á su honor se atreve.

Y si á pesar de mis ruegos,  
ir sobre Navarra quieres,  
verás si es miedo ó prudencia  
lo que mis consejos mueve.

Así el buen Zaide decía  
á Abderrhaman, que en voz breve  
le replica.... ¡Dios es grande!...  
¡á Navarra!.. ¡es nuestra suerte!..

## II

Dos días hace que Iñigo  
fué camino de la sierra,  
y otros dos que está llorosa  
su enamorada Jimena.

Miradla allí; en su mirada  
parece que el alma enferma  
dice: ¡suspirad, amores,  
que padece vuestra dueña!

Alza los turbados ojos,  
y de pesadumbre llena,  
dice la cuitada niña  
que llora males de ausencia:

—Dos días hace que Iñigo  
no me enamora ni alegra,  
y aunque me juraba afecto,  
poco siente, pues me deja.

Quien olvida su cariño  
por correr tras de las fieras,  
y más que de amor se cuida  
del venablos y las saetas;

quien gusta de oír rugidos  
más que de oír voces tiernas,  
y prefiere á mi semblante  
la lobreguez de la selva;

quien por ir á sus placeres  
mis placeres atropella,  
y goza, ingrato, bebiendo  
en la fuente de mis penas;

quien está ciego á mi llanto,  
quien está sordo á mis quejas,

quien no muestra en sus acciones  
lo que en sus palabras muestra;

quien dejándome entre duelos  
va á sitios donde se alegra,  
no me quiso, y de quererme  
no me dió ni falsas pruebas.

Dulce dueño de mis ojos,  
deja la lid con las fieras,  
y así Dios te dé venturas  
como suspiros me cuestas.

Ven.... si las sombras te placen,  
sé yo tan umbría selva,  
que por su follaje espeso  
ni el sol ni el aire penetran.

Tiene en esas soledades  
el agua más transparencia,  
la rosa mejor fragancia,  
el ruiseñor más terneza.

Ven.... y escuchemos del ave  
la enamorada querella,  
que con su dulce armonía  
los sentidos enajena.

Mas... ¡ay!... en vano te llamo,  
que harto me dice tu ausencia,  
que las voces de mi pecho  
al tuyos falso no llegan.—

Dijo, y calló la cuitada  
cuanto hermosa roncalesa,  
por dar término á sus voces,  
que no le tiene su pena.

## III

Murió Iñigo; el extranjero  
le asesinó en la montaña,  
¡que lo que el valor no puede  
lo puede siempre la infamia!

A cazar salió el mancebo,  
¡nunca saliera de caza!  
él, perdió en ella la vida....  
y Jimena.... ¡perdió el alma!

Pobre tórtola que gimes,  
¿á quién suspiras ni llamas,  
si antes de llegar al cielo  
quiebra el aire tus palabras?

¡Ay Jimena! la ventura  
apenas su huella marca,  
mientras que están las desdichas  
en firme roca talladas.

Pobre niña sin consuelo,  
¿qué te diré en tu desgracia?...  
¡para tan hondos pesares,  
solo en Dios hay esperanza!—

Esto le dijo un anciano,  
y cuando la desdichada  
se vió sola, de esta suerte  
mostró su amor y sus ánsias.

—Iñigo, luz de mis ojos,  
¿porqué la suerte tirana  
quebró la ilusión de un sueño,  
refugio de nuestras almas?...

¡Ah! que fueron nuestros goces  
y nuestras horas de calma,  
flores que un sol vivifica  
y el siguiente sol abrasa.

Sin ti, la existencia es muerte,  
tu desgracia es mi desgracia,  
y el tiempo, una noche eterna,  
¡eterna.... como mis ansias!

Ya solo se abren mis labios  
para expresar lo que te aman,  
y estos tristes ojos míos  
para verter una lágrima.

El són de tus dulces trovas  
ya no alegra mi velada,  
ya ni los ecos percibo  
de tu amorosa palabra.

Pero.... ¿por qué me consumo  
en llanto inútil bañada?  
truéquense en ira mis duelos,  
borre el pesar la venganza,

y asombro del orbe sea  
mi furor, cuando en mi patria  
despierte mi acento el odio  
que las medias lunas barra.

Dijo, y entró en la espesura  
sólo de fieras poblada,  
que no amedrentan peligros  
á quien la muerte no espanta.

## IV

No con olorosas flores  
está adornada Jimena,  
porque muertas las del alma,  
toda flor le da tristeza.

Vestida se halla de negro  
como cuadra á su dolencia  
y empuñando agudo dardo  
como quien va en són de guerra.

Ya su regalada boca,  
desde su fortuna adversa,  
de nido que era de amores  
se ha vuelto cárcel de penas.

Ya ni suspira, ni llora,  
ni de su dolor da cuenta,  
que para tal sufrimiento  
pequeño alivio es la queja.

Aquel dulce sonrosado  
que sus mejillas tuvieran,  
lo borró el llanto, que nunca  
debió amargar su existencia.

Mas.... á quien muriendo vive  
¿qué le importa la belleza?  
¿quién da remedios al cuerpo  
cuando es el alma la enferma?

Pero vedla: allí aparece  
cabalgando en su hacanea,  
ardiente cual sus deseos,  
cual su pesadumbre, negra.

A toda rienda galopa  
por entre jaras y peñas,  
no la detienen abismos,  
alas sus iras la prestan.

Ya traspone la alta cima,  
ya baja por la agria cuesta,  
ya se la ve como un rayo  
atravesar la pradera.

y llegándose á la plaza  
donde la villa está en fiesta,  
dice á la asombrada gente,  
con voz triste, pero entera:

—Hora es ya de que troquemos  
la diversión por la guerra,  
hora es de empuñar las armas  
enmudeciendo las lenguas;

¡Cómo! mientras el contrario  
en nuestra frontera reina,  
andáis en liviano juego  
sin marchar á la frontera....

¡Al arma! ¡al arma! nabarros,  
que por muy pronto que sea,  
por muy pronto.... será tarde  
para vengar tanta ofensa.

A estas horas el incendio  
devora pueblos y selvas,  
¡sangre de moros lo apague,  
pues moros hacen la afrenta!

Si sois hijos de Nabarra,  
armad las inermes diestras,  
que en presencia de enemigos  
dejar el acero es mengua.

Venid, la patria espirante,  
Dios y el derecho lo ordenan;  
¡no es cristiano quien no vengue  
las profanadas iglesias!

Quédense aquí los que adoren  
más que su honor la existencia,

más que la patria la vida,  
si hay vida dond hay cadenas...

y sigame quien anhele  
herir la africana enseña  
y sobre banderas moras  
enclavar nuestra bandera.—

Dijo así, y al punto mismo  
Burgui cambió de apariencia,  
y en vez de sones alegres  
se oyeron cantos de guerra.

HERMILIO DE OLÓRIZ.

(Se concluirá)

## U R D A N E T A



### Cuadro de Irureta

La causa de habernos ocupado en varias ocasiones del distinguido pintor guipuzcoano nos obliga hoy á limitarnos solamente á su última producción.

Irureta ha pintado este lienzo con destino al Ayuntamiento de Villafranca, y por encargo de la misma corporación, honrando de esta manera la memoria del sabio agustino.

Irureta ha estado falcísimo en su obra, ha pintado un fraile, pero primeramente, como bien se ve, lo ha estudiado, se ha traspotado á la época en que floreció, y por estas circunstancias el Urdaneta que nos presenta el pintor bascongado, no es el fraile que se halla recluído bajo las bóvedas de un obscuro monasterio, en ensimismada meditacion, no es el monje que apenas se atreve á dirigir su vista fuera de los claustros del convento; Irureta ha concebido al sabio agustino tal cual fué, segun sus biografías y noticias; no es el fraile solitario, no,

## O L A S T



**(Poema)**

**(CONCLUSIÓN)**

V

Ese ruido que producen  
los hierros al encontrarse,  
ese es el ruido que brota  
de lo profundo del valle.

En él se ve al agarenó  
loco y ciego de coraje,  
como el león que despierta  
prisionero en férrea cárcel.

—Viniste lleno de galas  
como quien á zambras sale,  
¡á triunfar... vengo! decías,  
¡á morir... viniste, alarbe!

Recuerda lo que te dijo  
el valentísimo Zaide,  
Zaide.... á quien hoy ven tus ojos  
envuelto en su propia sangre.

¿Qué te dijo?... Pero.... ¡mira  
aquel monte!... ¡cómo barren  
las peñas en fieros tumbos  
tus desgobernadas haces!

Si eres tan diestro y sereno  
que á nada temes ni á nadie,  
y en la lid como en las zambras  
tu esforzado seno late;

si al sol miras frente á frente  
sin que tus ojos se empañen,  
y eres águila, á quien causan  
desprecio las tempestades...

piensa en Zaide, advierte el miedo  
que opprime á tus capitanes,  
y dí si su profecía  
no está escrita en sus semblantes.

Esto dice Sarracino;  
el Rey requiere su alfanje  
y hacia la montaña corre  
gritando: ¡á mí los leales!

Allí van... Los roncaleses,  
al verlos, dejan audaces  
la cumbre, y en la pradera  
como una avalancha caen.

Esforzados son los moros,  
bien luce el hierro en sus trajes,  
sus contrarios van sin hierro...  
¡pero son de Roncesvalles!

Al primer choque, la tierra  
se enrojece con la sangre,  
y gime ante el duro peso  
de tanto y tanto cadáver.

Ya ni peñascos, ni jaras  
vuelan oprimiendo el aire,  
mas despidiendo centellas  
se encuentran hachas y alfanjes.

Basco, un montañés, que al verlo  
huyen las fieras cobardes,  
con cuatro moros de Córdoba  
sostiene reñido trance.

Herido está, y conteniendo  
con su mano vida y sangre,  
al más audaz atraviesa  
con el duro hierro... y cae.

Sarracino lucha... y lucha...  
con el valeroso Garde,  
el que ha matado á los moros  
más denodados y audaces.

Aun duraba la pelea  
y aun su abrumador estruendo  
subía del hondo valle  
al fragoso Pirineo.

Tiene los brazos desnudos,  
arma su diestra un alfanje,  
y en sus rojos labios flotan  
el sarcasmo y el coraje.

Con su lanza juzga el moro  
poner término al combate,  
y dando un salto el nabarro  
hiere el corcel del alarbe.

Garde vence; pero huyendo  
viene un escuadrón á escape,  
y en un punto vida y gloria  
los raudos potros deshacen.

Todo es confusión y gritos,  
ya cejan los musulmanes,  
ya se alfombra el ancho suelo  
con los deshechos turbantes.

¿A dónde vas, Rey de moros?  
¿Huyes quizá del combate?  
tú, por quien tantos feneцен,  
¿temes morir?... ¡ah! ¡cobarde!

¿Huyes?... pues qué, ¿no recuerdas  
lo que respondiste á Zaide?  
¡Es el destino!... ¡á Nabarra!...  
Sí, ¡á Nabarra!... ¡Dios es grande!

## VI

Ríos de sangre corrían  
de Olast por el ancho suelo,  
y la tierra palpitaba  
bajo sábanas de muertos.

Todo era horror en el moro,  
todo en el contrario fuego,  
cuando gritaba Jimena  
con acalorado acento:

—Nabarros: en la batalla  
ni un instante reposemos,  
y hagamos ver al contrario  
lo que va de pueblo á pueblo.

Si es inmensa su osadía,  
nuestro valor es inmenso,  
y si el hierro los defiende,  
nuestra voluntad es hierro;

si luchan por conquistarnos,  
por la tumba peleemos,  
que allí todos son iguales,  
que allí no hay amos, ni siervos.

Esto dice; y al ver que huyen  
marcha en pos de los soberbios  
con la injuria en el semblante  
y la cólera en el seno.

Todos la siguen, y todos  
tiemblan al pisar el cerro,  
los nabarros.... ¡de coraje!  
los cordobeses... ¡de miedo!

. . . . .  
¿A dónde marchas, Rey moro?  
¿A dónde vas, agareno,  
si en cada instante que pasa  
reina la muerte en cien pechos?

Corre... vuelas... no perdones  
á tu potro el duro acero,  
ni en salvando la existencia  
repares en tus guerreros....

Mas si eres fuerte soldado,  
en dónde está tu denuedo?  
si invasor, ¿dónde tu hueste?  
y si Rey, ¿dónde tu cetro?

En el cielo tus miradas  
fijas por hallar remedio,  
sin advertir que lo injusto  
no se cobija en el cielo.

Tu honor feneció en el valle,  
murió en el valle tu reino,  
¡plegue á tu Dios que no acabe  
tu regia vida en el cerro!

Mas un anchuroso río  
te impide seguir huyendo,  
y sus aguas turbulentas,  
sus aguas... te causan miedo...

¿Te paras?... ¿temes?... ¿vacilas?..  
¡Lánzate al río, agareno,  
que ya Jimena te alcanza,  
y si te alcanza eres muerto!

Ella al corcel pica espuelas,  
y el bruto, al sentir el hierro,  
según su rápida marcha  
hijo parece del viento.

La ve el moro, ella le grita,  
impónale al Rey su acento,  
se turba, lánzase al río  
juzgando evitado el riesgo.

Ella con nerviosa diestra  
despide mortal acero,  
y ántes que él diese en las aguas  
¡carne y vida le ha deshecho!

Aplauden los montañeses,  
y el río, turbio y siniestro,  
le espera como á enemigo,  
le aguarda como á extranjero.

Cayó el moro del caballo,  
sirvióle el cauce de lecho,  
¡bastaron seis piés de limo  
á quien despreciaba un reino!

¿Dónde viniste?... ¿querías  
del Cielo obtener remedio?...  
¡Oh! nó, Rey; ¡lo que es injusto  
no puede venir del Cielo!

¿A donde, á dónde, Jimena,  
te lleva el pesar impio,  
con la tristeza en el alma  
y en los ojos el delirio?

Vuelve... ¡vuelve!... por qué arro-  
tus nobles armas al río, [jas  
y á tu corcel precipitas  
por los empinados riscos?

Pára el corcel, no le hostigues,  
Jimena, hácia esos abismos  
tan profundos.... que del día  
jamás los rayos han visto.

{ ¿No ves que Roncal te llama?  
¿no ves que ante tu peligro  
los Echeko-Jaunak lloran,  
y tiemblan sus fuertes hijos?

Mas... ¡ay! que ya entre lo oscuro  
de los pinares sombríos,  
se pierden las negras tintas  
de su potro y sus vestidos.

Montañeses de Nabarra,  
los que visteis su heroismo,  
tornad á vuestros hogares  
entre luto y regocijo.

Dejad la sangrienta maza,  
volved el puñal al cinto,  
y por los himnos de amores  
torcad los guerreros himnos.

Pero... allá... cuando en la noche  
se oiga del viento el gemido,  
y el cano, helador invierno  
pare el curso de los ríos...

pensad que están bajo de ellos  
los Monarcas enemigos...  
y Jimena... ¡está llorando  
en la tumba de su Iñigo!

HERMILIO DE OLÓRIZ.

